

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, noviembre de 1895 ✧ NÚMERO 60



—Y BIEN, BUEN VIEJO,—DIJO EL SARGENTO AL LABRADOR;—¿QUÉ TENÉIS QUE RESPONDER? (Pág. 475)

MEMORIAS DE UN GENDARME

POR
PONSON DU TERRAIL

(Continuación)

—Padre,—dijo el joven,—tengo ya veintidós años.

—¿Y eso qué?

—Que quiero establecerme.

—Mejor harías en trabajar.

—Y me quiero casar.

El viejo se encogió de hombros.

—¡Dios de Dios!—dijo.—¡Tan cierto como me llamo Jerónimo Martineau, te predigo que si te casas con Susana Banel harás un mal negocio!

—Vuestra esposa es quien dice eso, padre,—repuso el hijo;—pero no es verdad. Eso es envidia de su parte, pues son casi de la misma edad y algo parientas. Pero la Susana es trabajadora y prudente, como lo prueba el que el cura de Fay la ha elogiado en su sermón. Trabajaremos, y el buen Dios ayuda siempre á los que trabajan.

El viejo se echó á reír con amargura.

—¿Es también el buen Dios el que te aconseja que me lleves al tribunal?—dijo.

—¡Ah!—exclamó Juan Martineau, pues tal era el nombre del hijo.—Habéis de hacerme la justicia de que he retardado esto cuanto he podido. Hace ya tres años que ha muerto mi madre...

—¡Tu madre! ¡Tu madre!... ¿Acaso tenía bienes tu madre?

—Mejor lo sabéis que yo.

—Pues bien: ya se lo contarás al juez. Adiós.

Y el viejo se alejó de su hijo, al entrar ambos en Chateaufort.

En el camino, á la izquierda, había un gran edificio cuadrado sobre el que flotaba una bandera, bajo la cual se leía la inscripción siguiente:

GENDARMERÍA IMPERIAL

El hijo se reunió á su padre.

—¡Eh! Padre,—dijo;—tengo una buena idea.

—¿Qué quieres?

—Si fuésemos á ver al sargento, puede ser que él nos diera un buen consejo.

—Ya sabes que el sargento se ha marchado.

—Sí; pero hay uno nuevo y se dice que es hombre de buen criterio.

—Pues bien: vamos allá.

—Si él no nos pone de acuerdo, siempre estaremos á tiempo de acudir á la justicia.

Y fué el primero en dirigirse hacia la gendarmería para evitar toda vacilación por parte de su padre.

Un gendarme limpiaba su caballo á la puerta.

—¿Está el sargento?—le preguntó el hijo de Martineau.

—Sí, muchacho.

Y el gendarme, levantando la cabeza, añadió:

—¡Eh! ¡Sargento!

Un hombre con gorra de cuartel y chaqueta de faena se presentó en una ventana del primer piso.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Dispensadnos,—dijo el joven;—pero queríamos pedir os un consejo.

—Allá voy.

Y el sargento bajó.

Era hombre de algo menos de cuarenta años, aunque sus cabellos comenzaban á ponerse grises junto á las sienes, y las gentes del Morván le hubieran reconocido en seguida.

Era Nicolás Sautereau, que recientemente había pasado como sargento á Chateaufort-sur-Loire.

—¿Qué queréis, buenas gentes?—preguntó á los dos aldeanos.

—Hé aquí el caso,—dijo el joven.—Mi padre, que está aquí, enviudó de mi madre y se ha vuelto á casar...

—¡Ah! ¡Ah!—dijo el sargento, sentándose en un banco de piedra que había cerca de la puerta.—¿Habéis contraído segundas nupcias?

—Me he vuelto á casar porque me convenía,—gruñó el viejo.

—Un momento, hijos míos,—dijo Nicolás;—¿quién de los dos es el querellante?

—Yo,—repuso el hijo.

—Entonces, padre, dejadle hablar: ya os explicaré después.

Y, dirigiéndose al joven, le dijo con bondad:

—Continúa, muchacho: soy todo oídos.

XLIV

El joven prosiguió:

—Cuando murió mi madre, tenía yo diez y seis años, y éramos dos hermanos: Armando y yo.

»Armando cayó soldado al año siguiente, y mi padre se quedó solo conmigo.

»La granja de la Tuilerie es una buena granja, aunque no siempre da igual producto: se hacen en ella buenos negocios. Al verme eximido del servicio por mi hermano, dije á mi padre:

»—Tengo diez y ocho años. Si queréis, me casaré; tomaré una mujer muy trabajadora, que nos ayudará.

»Como veis, yo no reclamaba un sueldo de mi madre.

»Pero, en vez de escucharme, el padre se volvió á casar. Tiene ya sesenta años; pero parece que no le hace ascos á la fruta verde y se ha casado con una muchacha de diez y nueve años, que nos hace temblar á todos.

»Al ver yo esto, me he marchado de casa y he pedido á mi padre un millar de escudos que

me pertenecen por ser de mi madre, pues quiero establecerme y tomar una granja á medias.

»Mi padre dice que no me debe nada, y que bastante ha hecho con darme comida y hogar. ¿Es justo esto?»

—Y bien, buen viejo,—dijo el sargento al labrador;—¿qué tenéis que responder?

—Yo,—dijo Martineau,—yo no digo que no le deba algo al muchacho; pero no tengo medios para pagárselo.

—Sin embargo, forzoso será que lo hagáis un día ú otro.

—¿Lo creéis así? Cuando me muera, no digo que no; pero ahora...

—Veamos,—repuso Nicolás con tono afectuoso.—¿No habría un medio de arreglarlo todo? Este muchacho quiere casarse.

—Eso sí.

—Y vos ¿no queréis que se case?

—Eso no.

—¿Tenéis algo que decir contra la novia?

—¡Oh! No tal. Es joven, es pobre, pero es honrada.

—Entonces, es preciso que le deis vuestro consentimiento.

—Pero ¿qué harán cuando estén casados, si ni uno ni otro tienen nada?—dijo el obstinado viejo.

—Vos les daréis de qué vivir,—repuso el sargento.

—Pero ¿de qué manera? Yo no tengo ni aun para mí.

—¡Bah!—dijo el sargento.—Cuando hay para dos, hay para cuatro. Irán á vivir á vuestra casa.

El labrador se rascó la oreja.

—Entonces,—dijo,—¿no me veré obligado á arreglar cuentas?

—¡Oh! Sí tal,—repuso Nicolás;—pero vuestro hijo os dará el tiempo necesario para pagarlas. Le reconoceréis su crédito é iréis satisfaciéndolo por años.

—Pero es que la mujer de mi padre es mala como un demonio,—dijo el joven.

—Yo la veré y la haré entrar en razón.

—Además, yo hubiera querido tomar una granja por mi cuenta.

—Muchacho,—repuso el sargento,—eso es difícil. Supongamos que tu padre te da los mil escudos que te debe: ¿qué harás de ellos?

—Compraré dos caballos de labor.

—Y ¿qué más?

—Y grano para la siembra.

—Y luego será preciso que vivas un año antes de recoger la cosecha.

—Eso es verdad.

—Sin contar,—continuó el sargento,—que para habilitar una granja, por pequeña que sea, se necesitan, no mil escudos, sino unos diez mil francos. ¿Cómo te procurarás un rebaño? ¿Y aves? Cuando un arrendador no puede pagar una parte de la renta con la pluma de sus gansos, es como si estuviese ya arruinado.

El viejo Martineau, que encontraba altamente prácticas tales ideas, exclamó:

—Ya lo ves, muchacho: el sargento es un hombre de buen sentido. Es preciso seguir sus consejos.

Nicolás dijo:

—La granja de tu padre es la garantía de tu pequeño haber. Sus instrumentos de trabajo, sus capitales, garantizan tus mil escudos y aun más. Pero, si tú quieres ser pagado, ¿qué sucederá? Que tu padre se verá obligado á vender y que tú le arruinarás.

—Pero ¿por qué no quiere que me case con la Susana?—dijo el joven, á quien importaba más la mujer que el dinero.

—¡Ah!—replicó el sargento.—En cuanto á ese punto, tu padre no es razonable. Si tú le dejas tu dinero en sus manos, es á condición de que os tomará á sus costillas, á ti y á tu mujer.

El viejo seguía rascándose la oreja.

—Después de todo,—dijo,—lo de menos sería que se casase con la chica; pero...

—¿Qué?

—Que está por en medio mi mujer, que les dará una vida de todos los diablos. Las mujeres estarán disputando desde la mañana hasta la noche.

—¡Quién sabe!—repuso el sargento.

—En verdad,—exclamó el joven,—que no sé dónde tenía mi padre la cabeza cuando se encalabrínó con una chica así.

—Lo hecho ya no tiene remedio,—murmuró el viejo.

—Sin contar con que le da mala vida.

—Razón de más para que tú no te separes de él. Y, además,—dijo el sargento,—tengo la idea de que si tu padre te hiciera un documento reconociéndote los tres mil francos y comprometiéndose á pagártelos el día en que abandonaras su casa, tu madrastra, que no ha de querer que se vaya el dinero, se pondría suave como un guante.

Estas últimas palabras del sargento fueron un rayo de luz para el padre y para el hijo.

—Eso que decís es cierto,—dijo el viejo.

—También lo creo así,—apoyó el joven.

—Pues bien, hijos míos,—concluyó el sargento;—supuesto que estáis de acuerdo sobre un punto, es necesario que lo estéis sobre los demás.

—No deseo otra cosa,—dijo el viejo, que entreveía la posibilidad de conservar la dote de su primera mujer.

—Vos, padre, haréis el reconocimiento del crédito. Tú, muchacho, volverás á la granja.

—Después de todo, no deseo otra cosa.

—Y en seguida vos, papá, daréis vuestro permiso para el matrimonio.

—Sin embargo, es aún muy joven.

El sargento se echó á reír.

—¿Y vos,—dijo,—que os volvéis á casar á los sesenta años con una chica de diez y nueve?

—¡Ah!—exclamó el viejo.—Yo he hecho una estupidez: eso es verdad.

Esta confesión acabó de desarmar al hijo.

La transacción se hizo inmediatamente ante el sargento.

Luego el padre y el hijo se marcharon.

—Asistiréis á la boda: ¿no es cierto, señor Sautereau?—dijo el joven al marcharse.

—Con mucho gusto.

Cuando los dos aldeanos se marchaban cogidos del brazo y alegres por haber hecho las paces y haberse entendido, un criado á caballo, que había atravesado Châteauneuf, viniendo por el camino de París, se detuvo á la puerta de la gendarmería.

—¿Está el sargento?—preguntó.

—Yo soy.

El criado le presentó una carta.

—Es de parte de la señora baronesa,—dijo.

El sargento abrió la carta y leyó:

«La baronesa de Verne ruega al Sr. Nicolás Sautereau que venga lo más pronto posible al castillo de Beaurevoir, pues tiene que hacerle una comunicación importante.»

—Está bien,—dijo Nicolás.—Iré.

XLV

Beaurevoir es un dominio situado junto al bosque de Orleans, á tres leguas de Châteauneuf y á cien metros de lo que se llama todavía el camino de Estrasburgo, aunque esta vía no sea desde hace mucho tiempo más que una avenida forestal.

Es un lindo castillo, todo de ladrillo, con torrecillas y campanarios, fosos donde duerme un agua cenagosa, y parque sombreado por magníficos castaños, dos ó tres veces seculares.

¡Cosa rara! Desde hace cuatro siglos no ha cambiado de dueños Beaurevoir. La misma familia se ha transmitido religiosamente aquel edificio, de generación en generación.

Los Verne-Beaurevoir eran caballeros antiguos, ni pobres ni ricos, soldados ó magistrados, según los tiempos.

El penúltimo fué coronel bajo el imperio. El último, muerto un poco antes de 1848, era un agrónomo distinguido.

La viuda, la baronesa de Verne, tenía unas veinte mil libras de renta en tierras y bosques, y por única heredera una joven de diez y seis años, á quien llamaban la señorita Ana y que era tan linda que se decía en el país que sólo un príncipe sería digno de ella.

La Sra. de Verne, viuda á los veintitrés años, tenía apenas treinta y dos en 1854.

Era también muy bella, y cuando se la veía con su hija hubiérase dicho que se trataba de dos hermanas.

En vida del Sr. de Verne pasaban regularmente los inviernos en París; pero desde la muerte de éste, la baronesa y su hija no volvieron á salir de Beaurevoir.

La Sra. de Verne era tan caritativa como hermosa. Los pobres de los alrededores la consideraban como su madre. No se le conocían enemigos.

Beaurevoir está bastante aislado, por su situación medio forestal, y, sin embargo, aunque lo habitaban dos mujeres con una servidumbre muy poco numerosa, jamás se había

intentado la menor depredación ni en las tierras, ni en el parque, ni, con mayor razón, en el castillo. No obstante, el aldeano de aquellas comarcas es merodeador y no siente escrúpulo ni de robar una banastada de legumbres, ni de cortar un árbol por la noche; ni de penetrar en el gallinero de una granja y apoderarse de las aves.

Pero estaba tan acreditada la especie de que la familia de Verne era la Providencia de la comarca, que los desgraciados tenían la costumbre de decir:

—Preferiríamos robar al buen Díos que á la señora baronesa.

Causó, pues, gran sorpresa en Châteauneuf el ver á un criado del castillo ir á la gendarmería y dirigirse al sargento.

De ordinario, sólo se recurre á los gendarmes para denunciarles un robo ú otro delito cualquiera.

El mismo Nicolás no pudo menos de decir al criado:

—¿Qué ha pasado en vuestra casa?

—Nada, que yo sepa,—respondió el interpeorado.

—Y ¿no sospecháis qué puede quererme la señora baronesa?

—No, á fe mía.

Luego, como cayendo en la cuenta, añadió:

—¡Ah! Dispensad... ¿No os llamáis Sautereau?

—Sí.

—¿Habéis sido cazador de Africa, antes de ser gendarme?

—Sí tal. Hace ya doce ó quince años.

—Y ¿no recordáis si teníais un oficial llamado el Sr. de G.?

Nicolás se estremeció al oír aquel nombre y recordó al joven y valiente oficial, á quien había amado como á un hermano, al que había cedido su caballo en el famoso encuentro con los hadjutas y que había muerto de su herida un mes después.

—¿Que sí me acuerdo?—dijo con emoción.—¡Pobre teniente!

—Pues bien: era hermano de la señora. La baronesa es de la familia G.

Nicolás creyó comprender. Se dijo que la señora baronesa deseaba, sin duda, saber algunos pormenores sobre el fin heroico de su desgraciado hermano.

Y como había cambiado las anteriores palabras con el criado, mientras que trotaban juntos por el camino de Beaurevoir, dió un espoleo á su caballo y le puso al galope.

En menos de una hora llegó Nicolás á la verja del parque de Beaurevoir.

—Mirad,—dijo el criado, cogiendo de la brida el caballo del sargento;—encontraréis á la señora baronesa allá, en el pabellón que se divide entre los árboles. No os inquietéis por vuestra cabalgadura, pues voy á llevarla á la cuadra.

Nicolás se dirigió hacia el pabellón.

Al ruido de sus pasos, la Sra. de Verne se presentó en el umbral y le saludó con la mano.

—Entrad,—dijo.

Nicolás contemplaba con emoción á la hermana del hombre por quien hubiera dado toda su sangre.

—No debe hacer mucho tiempo que estáis en Châteauneuf,—dijo la baronesa.

—Sólo algunas semanas, señora.

—¿Y os llamáis Sautereau?

—Sí, señora.

—Entonces, no me equivoco. De vos es de quien me hablaba con frecuencia mi desgra-

tante bella para que se piense en que puedo volver á casarme algún día. No pienso en ello ni pensaré jamás, sin duda alguna; pero no soy mujer de asustarme por cualquier tentativa amorosa por parte de mis vecinos. Tengo una hija demasiado joven aún para que piense en casarla...

Detúvose y miró á Nicolás con cierta emoción, diciendo:

—¿No comprendéis?



—Mirad: encontraréis á la señora baronesa allá, en el pabellón...

ciado hermano en sus cartas y, sobre todo, en la última que recibí de él.

—Sí, señora,—respondió Nicolás;—yo soy.

Y esperó á que la baronesa volviese á hablarle del señor de G.; pero la Sra. de Verne dijo:

—Mi hermano os juzgaba el mejor y el más honrado de sus soldados; os quería como á un hermano: por eso no he vacilado en dirigirme á vos.

—¡Ah, señora!—repuso Nicolás.—¿Seré bastante feliz para que necesitéis mis servicios?

—Sí,—dijo sencillamente la baronesa.

—Hablad, señora. La hermana de mi teniente es como si fuera él mismo,—repuso Nicolás con su habitual franqueza.

—Querido Sr. Sautereau,—dijo la baronesa,—no me confío al sargento de gendarmes, sino al hombre.

Nicolás se inclinó.

—Tengo treinta y dos años; soy todavía bas-

—La verdad es que...—balbuceó el sargento, —todavía...

—Voy á explicarme con más claridad. Mi hija ó yo, no sé quién de las dos, somos objeto de extrañas asiduidades.

—¿Por parte de quién?

—De un hombre á quien no conozco.

—Y ese hombre...

—Venid conmigo,—dijo la Sra. de Verne.

Hizo salir á Nicolás del pabellón.

—Mirad,—dijo,—mirad.

Y le mostró en el suelo una ligera huella, la de una bota con espuela.

Luego añadió:

—Un hombre se ha introducido en el parque la noche pasada, escalando el muro; se ha atrevido á venir hasta aquí, á penetrar en el pabellón y á escribir un billete sobre la mesa. Si fuera éste para mí, me reiría de buena gana; pero si es para mi hija... ¿Comprendéis ya?

—Sí, señora,—respondió Nicolás, que continuaba examinando la huella de la bota.

La Sra. de Verne añadió:

—Por eso no he vacilado en dirigirme á vos.

Y volvieron á entrar en el pabellón.

XLVI

La baronesa dijo á Nicolás Santereau:

—Oid bien y sabréis lo que de vos espero.

—Habla, señora.

—Mi hija y yo salimos á veces en carruaje por los alrededores; á veces también montamos á caballo. Desde principios del otoño, hemos encontrado veinte veces, siempre como por casualidad, aunque realmente no es posible equivocarse sobre sus intenciones, á un vecino lejano nuestro, que parece preferir esta parte del bosque. Es un hombre de treinta y cinco años que lleva un apellido ilustre, pero que goza de muy mala reputación. Con frecuencia ha afectado seguirnos y nos ha saludado con marcada intención. ¿Se dirigen á mí ó á mi hija tales asiduidades? Esto es difícil de averiguar; pero yo juraría que ese hombre y el que ha penetrado aquí la noche pasada son uno mismo.

—Es bastante probable,—dijo Nicolás;—pero, señora baronesa, ¿no me diréis el contenido del billete?

—Era una declaración loca y mal redactada que lo mismo podía dirigirse á mí que á mi hija. La rompí, en el primer movimiento de cólera, y ahora me arrepiento, pues ese papel hubiera podido guiarnos en nuestras investigaciones.

—Es verdad,—repuso Nicolás.

—En fin,—dijo la Sra. de Verne;—si ese caballero hubiese fijado sus miras en mí, del mal el menos. Yo tengo experiencia bastante para rechazarle políticamente, y de seguro no reparará con mi fortuna los estragos de la suya, que, según parece, se halla en una situación deplorable. Pero temo que piense en casarse con mi hija, y aquí es donde empiezan mis angustias. Anita es una loquilla, muy niña, muy exaltada, capaz de tomar por amor y por entusiasmo los interesados cálculos de ese caballero.

—Señora,—interrumpió Nicolás,—habéis hecho bien en decirme que os dirigíais al hombre, pues en verdad no sé qué es lo que un gen-darme puede hacer en ese asunto.

La Sra. de Verne bajó más la voz.

—Mi mayor terror,—dijo,—es que mi hija, que me ha preguntado ya varias veces sobre ese hombre, se entere de su audaz tentativa. Ninguna de mis gentes, ni aun el jardinero, han advertido el escalamiento que, hasta cierto punto, cae bajo la jurisdicción de la ley.

—¡Oh! Ciertamente.

—Ese hombre no se detendrá, de seguro, en tan buen camino, y en la actualidad yo no tengo ningún pretexto que dar á mi hija para alejarla de aquí y hacer un viaje: es preciso, pues, absolutamente, que me desembaracéis de las importunidades de ese caballero. ¿Cómo? Yo no lo sé. Pero algo me dice que vos sois el

único hombre á quien he debido dirigirme para salir del aprieto.

—Señora,—repuso el sargento,—haré todo cuanto pueda. Una palabra todavía: el hombre de quien habláis ¿no es el Sr. de San Julián?

—Sí: ése es.

—Está bien. Yo me encargo de hacerle comprender que no se deben franquear de noche los terrenos cercados, como hacen los mero-deadores.

Nicolás se despidió de la baronesa y regresó á Châteauneuf.

El criado había charlado: sabíase ya en Châteauneuf tan bien como en Beaurevoir que Nicolás había servido á las órdenes del señor de G., el desgraciado hermano de la baronesa, y esto era bastante para justificar la visita del sargento.

Nicolás penetró ostensiblemente en la gendarmería, fué á cenar con uno de los gendarmes, pues todavía se conservaba soltero y no tenía casa. Por la noche se presentó un momento en el café del pueblo.

Allí estaban todos los habitantes algo acomodados de la población.

Se jugaba allí al billar, al *piquet*, á la imperial y á las damas.

Los cazadores referían sus hazañas del día, y este último tema de conversación era el que acababa, hacia el fin de la velada, por dominar sobre todos los demás.

El bosque no se halla lejos de Châteauneuf, y pocos son los años en que no se trata de organizar una gran partida de caza.

En el instante en que entró el sargento, decía uno de los cazadores:

—¿Formaba parte el Sr. de San Julián de la última partida de caza?

—No,—repuso el expendedor de tabaco, que al mismo tiempo vendía pólvora.

—El Sr. de San Julián ya no tiene ninguna acción,—dijo otro parroquiano;—cuestan demasiado caras. Ahora no es rico, y cuatrocientos francos no se encuentran detrás de una puerta.

Uno de los maliciosos del pueblo guiñó un ojo y dijo:

—A saber.

—Todo está sabido,—repuso el expendedor de tabaco.—Hoy día el Sr. de San Julián ni siquiera tiene cinco mil francos de renta.

—Le cuesta mucho pagar,—dijo otro.

—Yo,—añadió un cazador furtivo á quien su habilidad en la caza de la becada había hecho admitir en la sociedad,—yo me dejé engatusar por él un día.

—¿Cómo fué eso?

—Me llevó á la caza del jabalí, tenía mis dos perros de vaquero, que, como sabéis, van derechos á la guarida y levantan la pieza para que la tiréis sobre seguro. Entramos en el bosque, y *Ravageot* se pone á ladrar.—«Ya estamos en el ajo», dije yo; y penetramos en la maleza. *Ravageot* ataca á un hermoso jabalí de ciento cincuenta libras, y *Ravaude*, la perra, le muerde en las piernas. El Sr. de San Julián tira... y hiere al perro en el cuello. El jabalí nos car-

ga; pero yo le detengo de un balazo en un brazo. Mi perro no murió, pero estuvo enfermo seis meses. En cuanto al jabalí, le llevamos en mi carro á una granja vecina. El señor de San Julián se lo llevó tranquilamente, y ni siquiera me dió las gracias por el favor. Si otra vez necesita de mí, le mandaré á paseo.

—¡Buena pieza está el tal San Julián!—dijeron en el corro.

—Es orgulloso... pero no paga,—añadió el cazador furtivo.

con tono sentencioso,—las señoras del castillo de Beaurevoir no se peinan para él.

—¡Bah! ¡Bah! La señorita Ana tendrá sus doscientos mil francos de dote, y esto es lo que engolosina al Sr. de San Julián.

—Sí; pero la señora baronesa no es mujer capaz de dejarse engatusar por él.

—Tanto mejor,—replicó el cazador furtivo; —pues cualquiera de este país sabe, y la señora baronesa tampoco lo ignora, que San Julián está enredado con la Marcelina. Y á fe que



—Puesto que tanto sabéis, endilgádnoslo primero y luego os haré un ciento de *piquet*

—Pues bien: yo tengo mi idea,—repuso el malicioso, que poco antes había guiñado el ojo.

—¿Respecto á qué?

—¿Decís que no se encuentran cuatrocientos francos detrás de la puerta?

—Por lo menos, todavía no se ha dado el caso,—dijo Nicolás riendo.

—Pues se dará esta vez. ¿No habéis observado que el Sr. San Julián se pasea mucho á caballo?

—Sí.

—Es que piensa casarse.

—¿A caballo?—preguntó Nicolás prestando atención.

—No es eso precisamente; pero su caballo le ayudará mucho. Desde San Julián á Beaurevoir hay un buen trecho, y eso no impide que, desde hace algún tiempo, su caballo recorra dos veces el camino cada día.

—Muchacho,—dijo el vendedor de tabaco,

la Marcelina es una muchacha hermosa y maliciosa. Si alguna vez entrase una mujer en el castillo, se verían lindas cosas.

—¡Pues bien! Las veréis... Yo sé lo que sé...

—¿De veras?

Nicolás encendió su pipa y dijo en tono burlesco:

—Puesto que tanto sabéis, endilgádnoslo primero y luego os haré un ciento de *piquet*.

—¿Conocéis la casa de Ulises el *Solterón*?

—¡Pardiez!

—Es un buen sujeto. Ha estado á punto de pasar el invierno en Orleans y pasearse, en la primavera, á orillas del mar.

—¿Qué había hecho?—preguntó el sargento.

—Había pegado fuego á un molino con el pretexto de vengarse del molinero.

—Sí; pero como no había pruebas, se le dejó tranquilo. Pero es igual, porque se han fijado sobre el particular en Châteauneuf.

—¿Qué más?—dijo el sargento.

El pícaro continuó:

—El tal Ulises es amigo del Sr. Víctor. Supongo ya sabréis que éste es el nombre de San Julián.

—Bueno.

—Víctor va á su casa todas las noches, le deja su caballo y se va á rondar por las cercanías de Beaurevoir.

—¿Para qué?

—Yo creo que piensa apoderarse de la señorita Ana.

—¡Bah!—respondió el vendedor de tabaco.

—Eso no ha llegado á suceder, ni sucederá tan pronto.

—El sabe muy bien que si la pidiera se la negarían.

—¡Oh! Eso seguro.

—Pero los doscientos mil francos han excitado su codicia.

—Se le escapan: tenedlo por cierto.

—Sí; pero la señorita Ana es una cabeza algo loca.

—Su madre tiene juicio para las dos.

—Pues bien: si yo estuviese en su lugar...

—¿Qué haríais?—preguntó el sargento con aire indiferente.

—Desconfiaría.

—¿De quién?

—De la jorobada Marta.

—¿La doncella?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque es prima de Ulises. Y hasta se dice que son algo más que parientes.

—¡Bah! Tantas cosas se dicen...

—Y, además, me iría á pasar el invierno en París. San Julián es un terco, un zopenco. Es muy capaz de comprometer á la señorita Ana.

—Si eso hiciera,—dijo el vendedor de tabaco con indignación,—no habría, en todo el término de Châteauneuf, piedras bastantes para tirarle.

—En fin, basta,—dijo el tunante.—Eso no me importa.

—¿Hagamos nuestro *piquet*?—añadió el sargento.—Duriveau: traed las cartas.

Duriveau era el nombre del cafetero.

Mientras este último colocaba delante del sargento un pequeño tablero y una baraja grasienta, se oyó en el exterior el paso de un caballo que se detuvo á la puerta.

—¡Oiga!—dijo Nicolás.—¿Si será mi camarada Jargeau?

El pícaro se había acercado á la ventana.

—Apenas se habla del lobo,—dijo,—ya se le ve la cola.

En este momento abrióse la puerta y entró por ella un hombre calzado con grandes botas de montar y haciendo mucho estruendo.

—¡Eh! ¡Duriveau! ¡Mil rayos! Venga un vaso

de lo añejo, que tengo la garganta seca como un molino, tan cierto como me llamo Víctor de San Julián.

Y echó su látigo sobre la mesa, añadiendo:

—¡Buenos días, señores!

XLVII

Toda la atención del sargento se concentró entonces en el recién llegado.

El Sr. Víctor, como le llamaban en el país, era un hombre de mediana estatura, espaldas cuadradas y cuello musculoso y rojizo.

A despecho de su origen aristocrático, tenía los pies y las manos enormes, y se adivinaba á primera vista que estaba dotado de una fuerza hercúlea.

Su aspecto recordaba el de ciertos hombrecillos que no se ven en París más que en la época de las exposiciones caninas.

Siempre embotinado, vestido de terciopelo y con el látigo en la mano, asistía á todas las ferias y fiestas de aldea.

Aunque no era más que un pobre agricultor, se mostraba en los congresos agrícolas, hacía valer su escaso dominio, sostenía media docena de perros atacados de *moquillo*, y, después que había renunciado á formar parte de los accionistas del bosque, no dejaba de cazar furtivamente.

—A ese pobre San Julián,—decían,—hay que invitarle.

Una viuda del Val había predicho, por lo demás, que se le encontraría una heredera que le restauraría la casa.

Aparte de esto, los San Julián eran de buena familia; y si el padre del Sr. Víctor no hubiese derrochado las tres cuartas partes de su fortuna, éste, á pesar de su falta de educación, hubiera encontrado un buen partido en las cercanías.

Pero las personas que se arruinan después de haber gozado en otro tiempo una opulencia relativa, se hacen muy expertas en negocios. De guerrero á molinero no hay, en muchas ocasiones, más que un paso, y el molinero es el que siempre acaba por dominar.

El hombre que discute el precio de las avenas y trata con los molineros, compra y vende ganado y acaba por adquirir ese espíritu astuto del campesino con el cual trata.

Las torres de San Julián, que se miraban en las aguas de un estanque, eran casi tan antiguas como las de Beaurevoir.

Pero allí se detenía la comparación.

La baronesa de Verne era amada, respetada y hasta venerada por todos.

El Sr. Víctor no inspiraba á nadie ni cariño ni confianza.

(Se continuará)